EL DESDEN CON EL DESDEN.

YA sabes como en Urgél
tuve antes de mi partida
del amor del de Bearne,
y el de Fox larga noticia,
de Diana pretendientes,
dieron con sus bizarrias
voz á la fama, y asombro
á todas estas Provincias.
El vér de amor tan rendidos,
como la fama publíca,
dos Principes tan bizarros,
que aun los alaba la envidia,
me llevó á vér, si esto en ellos
era por galanteria,
gusto, opinion, ó violencia
de su hermosura divina.
Entré, pues, en Barcelona,
vila en su Palacio un dia
sin susto del corazon,
ni admiracion de la vista.
Una hermosura modesta
con muchas señas de tibia;
mas sin defecto comun,
ni perfeccion peregrina
de aquellas, á quien el juicio,
quando las vemos queridas
por la admiracion, apelan
al no sé qué, ó á la dicha.
La ocasion de verme entre ellos,
quando el valor desafian
en publicas competencias,
con que el favor solicitan,
ya que no pude á mi amor,
empecé á mi bizarria,
ya en fiestas, y ya en tornéos,
y otras empresas debidas
al culto de una deydad,
á cuya soberania,
sin el empeño de amor,
la obligacion sacrifica.
Tuve en todas tal fortuna,
que dexando deslucidas
sus acciones, sali siempre
coronado con las mias.
Y el vulgo con el suceso
la corona merecida
con la suerte dió à mi frente
por merito, siendo dicha,
que qualquiera de los dos,
que en ella me competia,
la mereció mas que yo;
pero para conseguirla
tuve yo el faltarme amor,
y no tener la codicia,
con que ellos la deseaban,
con que por fuerza fué mia,
que en los casos de la suerte,
por tema de su malicia,
se ván siempre las venturas
á quien no las solicíta,
siendo, pues, mis alabanzas
de todos tan repetidas,
solo en Diana hallé siempre
una entereza, tan hija
de su esquiva condicion,
que siendo mis bizarrias

de

dedicadas á su aplauso,
nunca me dexó noticia,
ya que no de favorable,
siquiera de agradecida.
Y esto con tanta esquivéz,
que en todos dexó la misma
admiracion que en mis ojos,
pues la estraña demasia
de su entereza pasaba
del decoro la medida,
y excediendo de recato,
tocaba ya en groseria;
que á las damas de tal nombre
puso el respeto dos lineas,
una es la desatencion,
y otra el favor; mas le avisa,
que ponga entre ellas la planta
tan ajustada, y medida,
que en una, y en otra toque;
porque si de agradecida
adelanta mucho el pie,
la raya del favor pisa,
y es ligereza; y si entera
mucho la planta retira,
por no tocar el favor,
pisa la descortesia.
Este error hallé en Diana,
que empeñó mi bizarria
á moverla por lo menos
á atencion, sino á caricia;
y este deseo en las fiestas
me obligaba á repetirlas,
á buscar nuevos empeños
al valor, y á la osadia;
mas nunca pude sacar
de su condicion esquiva
mas que mas causa á la quexa,
y mas culpa á la malicia.
De esto nació el inquirir,
si ella conmigo tenia
alguna diversion, ó quexa
mal fundada, ó presumida,
y averigué, que Diana
del discurso las primicias
con las luces de su ingenio
se dió á la Filosofia.
De este estudio, y la leccion
de las fabulas antiguas,
resultó un comun desprecio
de los hombres, unas iras
contra el orden natural
del amor, con quien fabrica
el mundo á su duracion
Alcazares en que viva,
tan estable en su opinion,
que dà por sentencia fixa
el querer bien por pasion
de las mugeres indigna.
Tanto, que siendo heredera
de esta Corona, y precisa
la obligacion de casarse,
la renuncia, y desestima,
por no vér, q̃ haya quien triunfe
de su condicion altiva.
A su quarto hacen la salva
de Diana, y son las Ninfas
sus Damas, y en este estudio
las emplea todo el dia.
Solo adornan sus paredes
de las Ninfas fugitivas
pinturas, que persuaden
al desdén: alli se mira
á Dafne huyendo de Apolo,
á Anaxarte convertida
en piedra, por no querer:
Aretusa en fuentecilla,
que al tierno llanto de Alfeo
paga en lagrimas esquivas.
Y viendo el Conde su Padre,
que en este error se confirma
cada dia con mas fuerza,
que la razon no la obliga,
que su riesgo no la ablanda,
y con tal furia se irrita
en

en hablandola de amor,
que teme, que la encamina
á un furor desesperado,
que el medio mas blando elija
le aconseja su prudencia;
y á los Principes convida,
para que haciendo por ella
fiestas, y galanterias,
sin la persuasion, ni el ruego
la naturaleza misma
sea quien lidie con ella,
por si teniendo à la vista
aplausos, y rendimientos,
ansias, lisonjas, caricias,
su proprio interés la vence,
ó la obligacion la rinda;
que à quien la razon no labra,
endurece la porfia
del persuadir, y no hay cosa
como dexar á quien lidia
con su misma sinrazon;
pues si ella misma le guia
á el error, en dando en él,
es fuerza quedar vencida;
y asi, no hay con el q̃ á obscuras
por un mal paso camina,
para que vea su engaño,
mejor lùz, que la caida.
Haviendo ya averiguado,
que esto en su opinion esquiva
eran desprecios comunes,
y no repugnancia mia,
claro está, que yo debiera
sosegarme en mi porfia;
y considerando bien
opinion tan exquisita,
primero que á sentimiento
pudiera moverse á risa.
Pues para que se conozca
la vileza mas indigna
de nuestra naturaleza,
aquella hermosura misma,
que yo antes libre miraba
con t otras partes de tibia,
quando la vi desdeñosa,
por lo imposible à la vista,
la que miraba comun,
me pareció peregrina.
O baxeza del deseo!
Que aunque sea la codicia
de mas precio lo que alcanza,
que lo que se le retira,
solo por la privacion,
de mas valor lo imagina,
y dá el precio á lo dificil,
que su mismo sér le quita.
Cada vez que la miraba,
mas bella me parecia,
é iba creciendo en mi pecho
este fuego tan aprisa,
que absorto de vér la llama,
á vér la causa volvia,
y hallaba que aquella nieve
de su desden muda, y tibia,
producia en mì este incendio:
qué exemplo para el que olvida!
Seguro piensa que está
el que en la ceniza fria
tiene ya su amor difunto:
qué engañado lo imagina!
Si amor se enciende de nieve,
quién se fia en la ceniza!
Corrido yo de mis ansias,
preguntaba á mis fatigas:
Traydor corazon, qué es esto?
Qué es esto, aleves caricias?
La que neutral no os agrada,
os parece bien esquiva?
La que vista no os suspende,
quando es ingrata os admira?
Qué le añade á la hermosura
el rigor? Qué la ilumina?
Con el desdén es hermosa
la que sin desdén fué tibia? El

El desprecio no es injuria ?
La que desprecia no irrita ?
Pues la que no pudo afable,
porqué os arrastra enemiga ?
La crueldad á la hermosura
el sér de deydad le quita:
Pues qué para mí la ensalza
lo que para sí la humilla ?
Lo tyrano se aborrece;
pues á mí cómo me obliga ?
Qué es esto amor ? Es acaso
hermosa la tyrania ?
No es posible, no, eso es falso,
no es esto amor, ni hay quiẽ diga
que arrastrar pudo inhumana
la que no movió divina:
pues q̃ es esto? Esto no es fuego?
Sí, que mi ardor lo acredita;
no, que el yelo no lo causa;
sí, que el yelo publica.
No puede ser, no es posible,
no, que á la razon implica:
pues qué será, esto es deseo.
De qué ? De mi muerte mis ma.
Yo mi mal querer no puedo:
pues qué será ? Una codicia
de aquello que se me aparta;
no, porque no lo queria
el corazon, esto es tema.
No, pues, alma, qué imaginas ?
Baxeza es del pensamiento:
no es sino soberania
de nuestra naturaleza,
cuya condicion altiva
todo lo quiere rendir,
como superior se mira.
Y haviendo visto, que hay pecho
que á su halago no se rinda,
el dolor de este desdén
le abraza, y le martyriza,
y produce un sentimiento,
con que á desear le obliga
vencer aquel imposible,
y ardiendo en esta fatiga,
como hay parte de deseo,
y este dolor lastíma,
parece efecto de amor,
porque apetece, y aspira,
y no es sino un sentimiento
equivocado en caricia.
Esto la razon discurre;
mas la voluntad indigna,
toda la razon me arrastra,
y todo el valor me quita.
Sea amor, ó sentimiento,
nieve, ardor, llama, ó ceniza,
yo me abraso, yo me rindo
á esta furia vengativa
de amor, contra la quietud
de mi libertad tranquila,
y sin esperanza alguna
de sosiego en mis fatigas,
yo padezco en mi silencio,
yo mismo soi de las iras
de mi dolor alimento,
mi pena se hace á sí misma,
porque mas que mi deseo
es rayo que me fulmina,
aunque es tan digna la causa
es ser la razon indigna;
pues mi ciega voluntad
se lleva, se precipita
del rigor, de la crueldad,
del desdén la tyrania,
y muero mas que de amor,
de vér, que á tanta desdicha
quien no pudo como hermosa,
me arrastráse como esquiva.

F I N.